



XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

“Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 35,4-7; Santiago 2,1-5; Marcos 7,31-37.

Continuamos la lectura de Marcos. Pero ha ocurrido un cambio en el escenario. Jesús había salido del entorno galileo hacia el norte, en territorio pagano: “salió de allí y se fue a las regiones de Tiro y de Sidón” (7,24). Allí había realizado la curación de la hija de una mujer pagana (7,25-30), que con gran fe se había atrevido a corregir una primera reacción de Jesús. Dejarse corregir por una mujer -y pagana- dice muy bien de la calidad humana de Jesús y de su capacidad para superar esquemas culturales que menospreciaban el papel de las mujeres en la vida pública dominada por los varones.

El relato de la curación del hombre sordo y tartamudo –que sólo es contado por Marcos- resulta bastante peculiar. Retira al hombre, “apartándole de la gente, “a solas”, y realiza con él una serie de gestos rituales, que se asemejarían a los que curanderos populares solían realizar; pero que establecen una relación especial entre Jesús y el hombre aquél: “le metió sus dedos en los oídos y con su saliva le tocó la lengua”. Generalmente otras curaciones ocurren sólo por la fuerza imperiosa de su palabra. Hay además una expresión de invocación a Dios: “levantando los ojos al cielo” y “un gemido”, cuyo significado se nos escapa. ¿Sería una especie de lamento profundo ante la situación desgraciada de ese hombre? Y añade una palabra, transmitida en arameo: “effata”, que fue conservada literalmente en la liturgia bautismal. El texto la traduce: ¡ábrete!” y describe sus efectos: “Se abrieron sus

* Ciclo B

oídos y, al instante, se le soltó la atadura de su lengua y hablaba correctamente”. Quizá resultaba saludable en territorio pagano resaltar la apertura de los oídos para escuchar la palabra de Dios y soltar la lengua para proclamarla “correctamente”. Eso mismo es lo que, ritualizado, se realizaba en la liturgia del bautismo: el nuevo cristiano quedaba capacitado y llamado para oír la Palabra, vivirla y anunciarla.

Hoy, incluso entre nosotros los cristianos, hemos de reconocer muchos oídos sordos para escuchar la interpelación de Dios, que nos llega desde el doble clamor de la tierra y de los pobres. Sordos para escuchar y dejarnos conmover ante sufrimientos y quejas que brotan desde tantas partes por el hambre, el abandono, la inseguridad. ¿Cómo no pensar en el drama que se vive en Haití, en Afganistán y en tantos rincones y comunidades amazónicas de nuestro país? ¿No habrá una estrecha relación entre nuestra sordera para escuchar a Dios y nuestra indiferencia e insensibilidad ante el sufrimiento de las personas y viceversa: acostumbrarnos a no ver y escuchar el sufrimiento de los pobres no acentuará nuestra incapacidad para prestar atención a la voz de Dios?

Continúa el relato con una alusión al llamado “secreto mesiánico” muy propio del evangelio de Marcos: “Jesús les mandó que a nadie se lo contaran”. Pero, como ocurría en otras ocasiones: “cuanto más se lo prohibía, tanto más ellos lo publicaban”. Llama la atención que también en territorio pagano las acciones de Jesús suscitan parecidas reacciones de admiración por parte de la gente, con esa exclamación entusiasmada: “Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos”. Es de notar que no se trata tanto de una aprobación moral de su persona, cuanto de valorar su hacer lo que es bueno para los demás. Es lo mismo que reconocerá más tarde el apóstol Pedro en casa del centurión Cornelio para dar cuenta de la calidad de persona de Jesús: “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hech, 10,38).

La lectura de Isaías, anunciando la vuelta futura del destierro, había insinuado como signo de la nueva condición que crearía la acción liberadora de Dios en el pueblo: “Entonces se despegarán los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos se abrirán... y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo”. La humanidad nueva estará constituida por personas que se escuchan y reconocen, que se hablan y relacionan, con respeto y cuidado mutuo, responsables todas del bienestar de cada una. La realización histórica de esas actitudes nuevas, fraternas y solidarias, constituirá un índice seguro de la acogida de la voluntad de Dios, su Reino entre nosotros.

Santiago, en el texto que hoy se nos propone, reclama “Escuchen, hermanos míos queridos”. Parece que los cristianos a los que se dirige, tendían a olvidar lo que les

recuerda: “¿Acaso no escogió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió la os que le aman?”. Pero el criterio práctico en la acogida y el trato de las personas iba por otros caminos: “acepción de personas” según los signos exteriores de riqueza e importancia social. Juzgan sobre el valor y dignidad de las personas “con criterios malos”. Santiago es muy sensible y enérgico sobre los criterios con los que distinguimos y valoramos a las personas. En los últimos tiempos –y en los no tan recientes- también somos testigos de múltiples y repetidas formas de discriminación a personas concretas, a sectores de la población, a culturas, expresiones de racismo y machismo, de incomprensión e intolerancia ante formas diversas de comprender y orientar la vida, que vuelven difícil la convivencia armoniosa. Es preciso releer con atención las amonestaciones de la carta de Santiago y aplicarlas a las diversas formas de desprecio y discriminación que se manifiestan en nuestra sociedad.

Las lecturas de hoy nos interpelan y nos invitan a abrir los oídos y escucharnos entre nosotros, para hablar “correctamente”, creando lenguajes de respeto y responsabilidad por la dignidad de todas las personas, como hizo Jesús al hombre del relato que hoy hemos leído. Quizá, para lograrlo necesitamos encontrarnos más frecuentemente “a solas” con él, en momentos de reflexión y oración, lejos de la agitación y el ruido, para repensar con sentido crítico las nuevas relaciones, más humanas, fraternas y dialogantes, que queremos entre las personas que formamos nuestro país.